



Caminos Naturales Grandes rutas

...

en la página anterior

Ermita de San Saturio, a orillas del Duero. Soria. Castilla y León

Desde Tudela (Navarra) a Soria (Castilla y León), El Camino Natural del Agua Soriano-Camino Antonino une los ríos Ebro y Duero y también los respectivos Caminos Naturales que discurren junto a sus orillas



Los caminos de Amadís de Gaula

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo (CCHS, CSIC)

VAYA por delante que los caminos que más me interesan conducen, todos ellos, a la literatura, entendida ésta en su acepción más amplia y más sencilla, como *corpus* de historias y personajes que, inspirándose en la vida, describen círculos concéntricos en su torno y no llegan jamás a confundirse con ella. La literatura nos sirve para explicar el mundo con un margen de error mucho menor que el de la ciencia, y para conocernos a nosotros mismos con más profundidad y menos crueldad que la que nos ofrece el psicoanálisis. La literatura es, en el fondo, como el Camino de Santiago: un viaje en busca de respuestas al *finis terrae* donde todo termina, donde no existe otro más allá que un *mare tenebrosum* habitado por criaturas lovecraftianas. Los peregrinos que se encaminaban a Compostela desde todos los rincones de la Europa cristiana traían en sus modestos equipajes, o acaso sólo dentro de su alma –pero, eso sí, a flor de labio–, sus cantares de gesta, sus leyendas, sus cuentos populares, sus poemas y sus canciones. Su literatura, en una palabra. Viajar es compartir historias. Los primeros caminos rumbo al conocimiento se trazaron de noche, alrededor de las hogueras tribales, cuando el chamán narraba los mitos etiológicos que desentrañaban el misterio del universo. Así se iba haciendo ruta al caminar por un haz de relatos que revelaban el sentido, tantas veces confuso y laberíntico, de la existencia humana. Me ceñiré a continuación a un camino literario concreto, el que conduce al *Amadís de Gaula* (Zaragoza, 1508), el más hermoso de los viejos y nobles libros de caballerías españoles del siglo XVI.

Los caminos del *Amadís de Gaula* son los caminos de la fantasía, los del país de Nunca Jamás, donde hay Ínsulas Firmes con un Arco de Leales Amadores que pueden trasponer los amantes fieles y está vedado a los amantes desleales, y Gaulas caprichosas que nada tienen que ver con su Galia originaria, y Orientes y Occidentes que no se ubican en la casilla geográfica de la realidad, y todo tipo de no-lugares. Resulta fascinante, a este respecto, que de *Las sergas de Esplandián*, el quinto libro del *Amadís*, surgieran los topónimos que luego dieron nombre a algunos lugares de América tan señeros como California, que es en las *Sergas* una isla de amazonas gobernada por la reina Calafia (a la que dedicó, por cierto, una novela el gran Vicente Blasco Ibáñez). Pero los caminos del *Amadís de Gaula* son

imaginarios, y sólo admiten cartografías imaginarias, al estilo de las trazadas por J. R. R. Tolkien para la Tierra Media de sus *hobbits*, elfos y orcos, o por Robert E. Howard en los mapas que acompañan al cimerio Conan por los caminos, infestados de monstruos, chicas imponentes y maléficos hechiceros, de la mítica Era Hiboria.

Como en las ediciones al uso del *Amadís* no proliferan esos mapas imaginarios, sería conveniente afanarse en el diseño cartográfico de los desplazamientos del protagonista y sus adláteres a lo largo de la saga, para convencernos de una vez para siempre de que sus viajes saben a la tinta empleada por su creador, Garci Rodríguez de Montalvo, y no entienden de

...

en la página anterior

Catedral de Nuestra Señora de la Huerta, en Tarazona. Zaragoza. Aragón

En el itinerario del Camino Natural del Agua Soriano-Camino Antonino, la ciudad de Tarazona se erige en el referente histórico-artístico de las tierras del Moncayo



Olvera (Cádiz) a los pies de su castillo. Camino Natural de la Sierra



Segovia escruta la unión de los ríos Clamores y Eresma. El Camino Natural toma el nombre de este último río

la polvareda real de los caminos verdaderos. Leí *Amadís de Gaula* cuando tenía doce años de edad en la precaria edición de Felicidad Buendía (*Libros de caballerías españoles*, Madrid, Aguilar), hoy rara en el mercado. Hubo dos ediciones de ese libro, la *princeps* de 1954 y una segunda edición de 1960; la que yo manejé fue la de 1960. Fue un regalo de cumpleaños que me hizo mi abuela materna, María de la Presentación, que sin duda trataba de convertirme con su lectura en un caballero andante, desazonada al ver que no se daban en mi persona los mimbres necesarios para hacer de mí un hombre de provecho. Todavía conservo la dedicatoria autógrafa que me puso en el libro con una caligrafía delicadísima, digna de lo que era: una señora muy bien educada, nacida en los años ochenta del siglo XIX, en plena restauración alfonsina.

El hecho es que la inmersión en el *Amadís* supuso para mí una experiencia lectora extraordinariamente grata, hasta el punto de que, cincuenta años después, recuerdo con detalle las mil y una frenéticas circunstancias que concurrían en la novela y que yo transmutaba, imitando a Don Quijote, en circunstancias propias e intransferibles. Recuerdo que en un viaje a La Granja con mis padres y mi hermana María Jesús, mientras devorábamos una apetitosa merienda en los pinares de Valsaín, decidí que el paisaje que nos rodeaba bien podría haber servido de marco geográfico a los lances caballerescos referidos en el *Amadís*, de forma que hice algunas fotografías en blanco y negro —el color se me antojaba menos «heroico»— y, una vez reveladas, las encarté en la edición de Aguilar, para ambientar las gestas de mis caballeros favoritos: Amadís, Galaor, Agrajes... Y también, cómo no, los pasos de terciopelo de las preciosas damas que justifican la existencia de sus galanes: Oriana, Brio-

lanja, Mabilia... Y hasta los *malos fechos* perpetrados por el hechicero Arcaláus o las merlinescas profecías de Urganda la Desconocida. Con aquellas fotos dentro de aquel volumen rotulado *Libros de caballerías españoles* yo ya podía imaginar tranquilo cuanto Montalvo me contaba, porque había encontrado una geografía adecuada —y real— para los fantásticos episodios que el *Amadís* desplegabá antes mis ojos deslumbrados.

No puedo comparar *Amadís de Gaula*, y su primera continuación *Las sergas de Esplandián*, con ningún otro libro de caballerías, pues me parece muy superior a todos los demás, incluido —y en esto me aparto de la *communis opinio* cervantina y contemporánea— *Tirant lo Blanch*. En el volumen de Aguilar figuraban, junto al *Amadís*, el *Cifar* y el *Tirant*. No me produjeron ni la mitad de emoción que la novela de Montalvo, y eso que en el *Tirant* había escenas escabrosas que nunca están de más para un lector adolescente... El *Amadís* fue para mí una biblia, un catecismo, un libro sagrado. Lo he leído después (en la edición de Place en cuatro volúmenes auspiciada por el CSIC) y me ha seguido emocionando, tanto o más que la primera vez. Yo creo que es porque sus caminos vienen de más allá y llevan a ninguna parte. Porque su geografía no es de este mundo (a pesar de mi pretensión infantil de aprehenderla en aquellas lejanas fotografías). Porque sus rutas —como los hombres, al decir de Próspero en *The Tempest* de Shakespeare— están hechas de la misma materia con la que se fabrican los sueños.







Yacimiento de Numancia. Soria. Castilla y León. Camino Natural del Agua Soriano-Camino Antonino